

## LA LENGUA Y LA PALABRA

Fundación BBVA/RAE

Palacio del Marqués de Salamanca, 25 de noviembre de 2013.

Resumen de la intervención de DARÍO VILLANUEVA, Secretario de la Real Academia Española.

### *LAS TECNOLOGÍAS DE LA PALABRA*

A principios de los años ochenta del pasado siglo Walter Ong publicó *Oralidad y escritura*, libro en el que expresamente se utilizan los términos «tecnologías de la palabra» para referirse al complejo asunto del lenguaje y la comunicación a lo largo de la Historia.

La exposición de Darío Villanueva tratará de las implicaciones de todo ello en los trabajos que desde 1713 asumió la Real Academia Española entonces fundada: la elaboración de los diccionarios, gramáticas y ortografías de la lengua castellana o española.

El alfabeto fonético, es decir, el descubrimiento de la escritura, fue la primera de aquellas “tecnologías”, y quizá la más importante de todas. Significó la quiebra entre el ojo y el oído, entre el significado semántico y el código visual, y solo la escritura fonética tuvo el poder de trasladar al ser humano de un ámbito tribal a un ámbito civilizado, dándole el ojo como oído. En las culturas analfabetas, el oído tiranizaba la vista, exactamente lo contrario de lo que ocurre tras la aparición de la imprenta, que lleva el componente visual a su intensidad más extrema en la experiencia comunicativa.

La cultura del manuscrito seguía siendo fundamentalmente oral. Lo auditivo siguió, no obstante, dominando por algún tiempo después de Gutenberg. Sin embargo, pasados los siglos la impresión sustituyó la pervivencia del oído por el predominio de la vista, que tuvo sus inicios en la escritura, pero que solo prosperó con la ayuda de la imprenta propiamente dicha. La imprenta sitúa las palabras en el espacio de manera más inexorable de lo que nunca antes hiciera la escritura, y esto determinó una verdadera transformación de la conciencia humana.

La Galaxia Gutenberg, conforme a la profecía de McLuhan, empieza a perder su predominio con la *comunicación eléctrica*, como la denominaba el pensador canadiense. El telégrafo fue, a mediados del XIX, un avance puramente instrumental y comunicativo. El paso más destacado a este respecto fue sin duda la radio, que después de los precedentes con Marconi, alcanzó con De Forest a principios del siglo XX su formulación definitiva. La televisión, por su parte, es un hallazgo de los años treinta, cuando el cine también se hace sonoro. Según McLuhan, esta nueva era de la comunicación representaba un regreso a las formas predominantes de la comunicación oral, formas por lo tanto contradictoriamente arcaicas. La gran urbe y el universo entero pasaban a ser aldeas globales, y más tarde o más temprano la palabra impresa iba a desaparecer.

Frente a los apocalípticos del rupturismo, cabe realizar una interpretación integradora de todos estos fenómenos y revoluciones comunicativas. El propio Umberto Eco, tratadista de la cultura medieval, semiólogo y hermeneuta, en su libro sobre los límites de la interpretación proporciona una teoría muy interesante a este respecto. Para él, la comunicación electrónica va a representar la síntesis entre la Galaxia Gutenberg

—es decir, la letra impresa— y la galaxia de la comunicación por impulsos eléctricos a través de las ondas o de las redes digitales de fibra óptica que McLuhan contraponía.

Hoy en día, a través de la computadora, que tiene un aspecto de televisor —el icono de la nueva civilización de la imagen—, lo que estamos recibiendo es, en gran medida, texto escrito. Es la síntesis posmoderna por la que la palabra se sustenta en lo que aparentemente representaba el instrumento preferido de su enemigo audiovisual: la pantalla. Y eso es lo que no solo comenzó ocurriendo con el teletexto, sino lo que va a incrementarse en la medida en que podamos recibir a través de nuestras terminales informáticas o incluso televisivas los periódicos de información común junto a las revistas científicas que ya están empezando a dejar de editarse en papel. Esa integración de opuestos reales o aparentes se ve fortalecida, además, por el hecho de que la cultura de la oralidad, superada por la de la escritura, haya vuelto otra vez por sus fueros gracias a las revoluciones tecnológicas ya comentadas.

La Real Academia Española ha contribuido a lo largo de trescientos años a fijar nuestra lengua proporcionándole el código ortográfico de la escritura, la descripción de su sistema gramatical y el repertorio de las voces más comunes pertenecientes al español general. Las llamadas “nuevas tecnologías”, que ya no lo son para los nativos digitales totalmente inmersos en ellas, no solo han contribuido a la modernización de la metodología de trabajo de la RAE y a potenciar la difusión de sus resultados, sino que favorecen el mantenimiento de la unidad en un idioma hablado ya por quinientos millones de personas en cuatro continentes y reclaman, en el año de su tricentenario, una planificación del futuro de las tareas académicas acorde con la era digital y la sociedad de la información y el conocimiento.